

Dio voces a la soledad



②

Pliego 11

CAPÍTULO XIV

Donde se ponen las versas desesperadas del difunto pastor, con otras no esperadas sucesas

CANCIÓN DE GRISASTONIO

Ya que queres, crüel, que se publique
 de lengua en lengua y de una en otra gente
 del áspero rigor tuyo la fuerza,
 haré que el mismo infierno comenque
 al triste pecho mío un son doliente,
 con el que uso comen de mi voz fuerza.
 Y al par de mi deseo, que se esfuerza
 a decir mi dolor y tus hazañas,
 de la espontable voz irá el acento,
 y en él mezcladas, por mayor tormento,
 pedazos de las miseras entronas.
 Escucha, pues, y presta atento oído,
 no al concertado son, sino al ruido
 que de lo hondo de mi amargado pecho,
 llevado de un forzoso desuorio,
 por gusto mío sale y tu despecho.

(4)
CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aveido, el siebo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo, el agorero
graznar de la corneja, y el estruendo
del viento contrastado en mar inestable,
del ya vencido toro el implacable
bramido, y de la viuda tortolilla
el sensible arruecar; el triste canto
del envidiable búho, en el ceceo
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son, de tal manera,
que se confundan los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla
para cartilla pide nuevos modos.

De tanta confusión no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,
ni del famoso Betis las olivas,
que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Con muerta lengua y con palabras vivas,
 o ya en oscuros valles o en esquivas
 playas, desnudas de contrato humano,
 adonde el sol jamás mostro su lumbré,
 o entre la venenosa muchedumbre
 de fieras que alimenta el libro llano.
 Que puesto que en los pajeros desiertos
 los ecos rancos de mi mal inciertos
 suenen con tu rigor tan sin segundo,
 por privilegiado de mis cortos uados,
 serán llevados por el ancho mundo.
 Mata un desden, aferra la paciencia,
 o verdadera o falsa, una sospecha;
 metan los celos con rigor más fuerte;
 desconcierta la vida larga ausencia;
 contra un temor de olvido no provecha
 firme esperanza de dichosa suerte...
 En todo hay cierta, inevitable muerte,
 más yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
 celoso, ausente, desdenado y cierto
 de las sospechas que me feren muerto,
 y en el olvido en quien mi fuego avivo,
 y, entre tanto tormentos, nunca alcanza
 mi vista a ver en sombra a la esperanza,

6

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

ni yo, desesperado, la procuro,
antes, por extremarme en mi querrela,
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
esperar y temer, o es bien hacello
siendo las causas del temor más ciertas?

¿Tengo, si el duro celo está delante,
de cerrar estos ojos, si he de vello
por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas
a la desconfianza, cuando mira

descubierto el desdén, y las sospechas,

¡oh amarga conversión!, verdades hechas,

y la limpia verdad vuelta en mentira?

¡Oh en el reino de amor fieros tiranos

celos!, ponedme en hierro en estas manos.

Dame, desdén, una torcida soga.

Mas, ¡ya de mí!, que con cruel victoria

nuestra memoria el suprimiento aboga.

Yo muero, en fin, y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,

Perfinaz estaré en mi fantasía.

Dize que va acertado el que bien quiere,

y que es más libre al alma más rendida

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

a la de amor antigua tiranía.
 Diré que la enemiga siempre mía
 hermosa el alma como el cuerpo tiene,
 y que su duido de mi culpa nace,
 y que, en fe de los males que nos hace,
 amor su imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinión y un duro lazo,
 acelerando el miserable plazo
 a que me han conducido sus desdenes,
 ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
 sin lauro o palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
 la razón que me fuerza a que la haga
 a la cansada vida que aborrezco,
 pues ya ves que te da notorias muestras
 esta del corazón profunda llaga
 de cómo alegre a tu rigor me ofrezco,
 si por dicha conoces que merezco
 que el cielo claro de tus bellas ops
 en mi muerte se turbe, no lo hagas:
 que no quiero que en nada satisfagas
 al darte de mi alma los despojos;
 antes con nsa en la ocasión funesta

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

Descubre que el fin mío fue tu fiesta.

Mas gran simplicidad es avisarte de esto,
pues sé que está tu gloria concida
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del fondo abismo

Tántalo con su sed, Sísifo venga

con el peso terrible de su canto;

Ticio traiga su buitre, y asimismo

con su rueda Egipto no se detenga

ni las hermanas que trabajan tanto,

y todas juntas su mortal quebranto

trasladen en mi pecho, y en voz baja

-Si ya a un desesperado son debidas

canten obsequias tristes, doloridas,

al cuerpo, a quien se niegue aún la mortaja;

y el portero infernal de los tres rostros,

con otras mil quimeras y mil monstruos,

lleven el doloroso entrapunto,

que otra pompa mejor no me parece

que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes

cuando mi triste compañía dejes;

antes, pues que la causa lo requiere.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

Con mi desdicha aumenta su ventura,
aún en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció a los que escuchado habían la canción del Grisóstomo, puesto que el la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escandidos pensamientos de su amigo:

— Para que, señor, os satisfagáis de esa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios jueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

- Así es la verdad - respondió Vivaldo.

Y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión - que tal parecía ella - que improvisamente se les apareció a los ojos; y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

- ¿Vienes a ver por ventura, ¡Oh fiero basilisco de estas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable a quien tu crueldad quitó la vida? ¿O vienes a apartarte en las ruinas horribles de tu condición? ¿O a ver desde esa altura, como otro despreciado Nero, el incendio de su abrasada Roma? ¿O a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dínos presto u lo que vienes o qué es aquello de que más gustas, que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

- No vengo, ¡oh Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho - respondió ~~llanckla~~ -, sino a volver por mí misma y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y, así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que que no sea menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis es mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; más no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso lo fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal decir « Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo » Pero, puesto caso que comen igualmente las hermosuras, no por eso han de comen iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran: que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas la bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos hablan de ser los deseos. Y según,

Eliezer 14

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

yo he oído decir, el verdadero amor no se divide,
 y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo
 esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis
 que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más
 de que decís que me queréis bien? Si no, decidme:
 si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea,
 ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me
 amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que
 yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es
 el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla ni escogella.
 Y así como la víbora no merece ser culpada por la
 ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela
 dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por
 ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta es
 como el fuego apartado o como la espada aguda, que
 ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca.
 La honra y las virtudes son adornos del alma, sin
 los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer
 hermosa. Pues si la honestidad es una de las virtudes
 que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean,
 ¿por qué la ha de perder la que es ornada por hermosa,
 por correspondiente a la intención de aquel que,
 por solo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias
 procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles ~~que~~ de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Giróstomo, ni a otro alguno el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad y de que ~~solamente~~ la tierra gozase y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en mitad del golfo de su desatino? Si yo le entusiera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y propósito. Porfió desengañado, despertó desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si sera razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quiéjese el engañado, desesperesé aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel

Blanca 14

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que yo tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere a ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta los desdenes. El que me llama fiero y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiero, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué ha de querer que la piedra el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a éste ni solicito aquél; ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se abrió por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirables tanto de su discreción como de su hermosura a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellas ojos estaban heridos) de quererle seguir, sin aprovecharse del manifiesto desagravio que habían oído. Lo cual, visto por don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usado un caballero, sonriendo a los doctos menesterosos, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces dijo:

-Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Elle ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muere que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o por que Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrajados los ropajes de Grisóstomo, pasaron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa piedra, en tanto que se

Peláez M

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

acababa una cosa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que había de decir de esta manera:

Yace aquí de un amante
el misero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió a manos del rigor
de una esquila hermosa y ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía del amor.

~*~*~*~

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame a mi amigo Ambrosio, se despidieron de él. Los mismos hicieron Vivaldo y mi compañero, y don Quijote se despidió de mis huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despedido todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo mi buena determinación, no quisieron los caminantes importunarme más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y proseguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Quijote. El cual determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él pedía en su servicio; mas no le vino como él pensaba, según se cuenta en el discurso de esta verdadera historia, donde aquí fin la segunda parte.

S